

La guerra en Siria

Disputa hegemónica y luchas por la territorialidad

Christian Jean Faci

DOI: 10.54871/gS23b10e

Introducción

La guerra en Siria, característica por su duración, multiplicidad de actores internos y externos, temporalidades, asimetrías y fluidez, permanece tan enigmática, nebulosa y compleja como lo parecían sus primeros brotes hace 10 años. Lejos de esclarecerse a lo largo de los años, el conflicto sirio ha mostrado un proceso de transformación y metástasis constante, lo cual obstaculiza su comprensión y ha normalizado la concepción de Siria como un territorio en guerra permanente.

El objetivo de este capítulo es presentar algunos elementos teóricos e históricos que nos permitan entender el proceso de guerra en Siria desde una perspectiva sistémica y transescalar, dando pautas para hacer una caracterización del conflicto capaz de esquematizar las dinámicas de la guerra e identificar las propuestas de gestión territorial que se están disputando. Nuestra propuesta es que el estudio del conflicto sirio se debe extender más allá de una perspectiva local o regional, entendiéndolo como la manifestación de una forma específica de *situación de guerra* dada por la disputa entre el sujeto hegemónico, fuerzas alternativas con pretensiones hegemónicas y

actores subversivos por el control de la producción y el ordenamiento territorial en Siria, lo cual refleja las contradicciones del Estado nacional poscolonial como forma dominante de administración territorial y se entiende como resultado de un proceso de producción estratégica del espacio y dominación por el sujeto hegemónico.

Con este fin, el capítulo está dividido en tres apartados. En primer lugar, presentamos los principales elementos teóricos e históricos que utilizamos para entender la formación del Estado en Siria y las debilidades estructurales subyacentes al estallido de la guerra, en vista de identificar las características principales de su organización social y su posición sistémica en un contexto de disputa entre proyectos geopolíticos antagónicos. En segundo lugar, utilizamos estas categorías de análisis para hacer un recuento del proceso de guerra para proponer una subcategorización que la divide en tres grandes temporalidades a partir de determinadas variables. Finalmente, hacemos una síntesis de ambos elementos para dar paso al desarrollo de nuestra hipótesis, según la cual el proceso de guerra en Siria se debe entender como producto de una disputa entre territorialidades hegemónicas, contrahegemónicas y subversivas, las cuales operan a través de las diferentes unidades militares que atraviesan el sistema o la situación de guerra que se ha conformado ahí.

Territorialidad, hegemonía y guerra: el conflicto en Siria como fenómeno sistémico

Para comprender la guerra en Siria y hacer un análisis detallado, se tiene que partir de un cuestionamiento desde la historia y el espacio, haciendo un análisis de la “conformación político-territorial” (Ceceña, 2013, p. 72) de los territorios en Siria y Medio Oriente. De esta forma, se entenderá el conflicto como un proceso de reorganización del espacio, cuyas dimensiones políticas, simbólicas y económicas, constituyen una territorialidad que ha sido atravesada por la dominación del sujeto hegemónico y sus alternativas

contrahegemónicas. En este texto, definimos la territorialidad como aquel proceso de organización y ordenamiento del espacio político y social, entendiéndola como producto de su articulación en tanto que parte de un sistema de escala global. Nuestro planteamiento es que la situación de guerra que actualmente se vive en Siria constituye una forma de territorialidad entrecruzada en la que converge la disputa entre el sujeto hegemónico estadounidense, operativos extranjeros con pretensiones hegemónicas y fuerzas locales por el control de la vivencia, la administración y la producción en este espacio. Con este fin, partiremos de un análisis de la historia siria desde la territorialidad, en vista de dar cuenta de los antecedentes y estructuras histórico-espaciales que subyacen al conflicto.

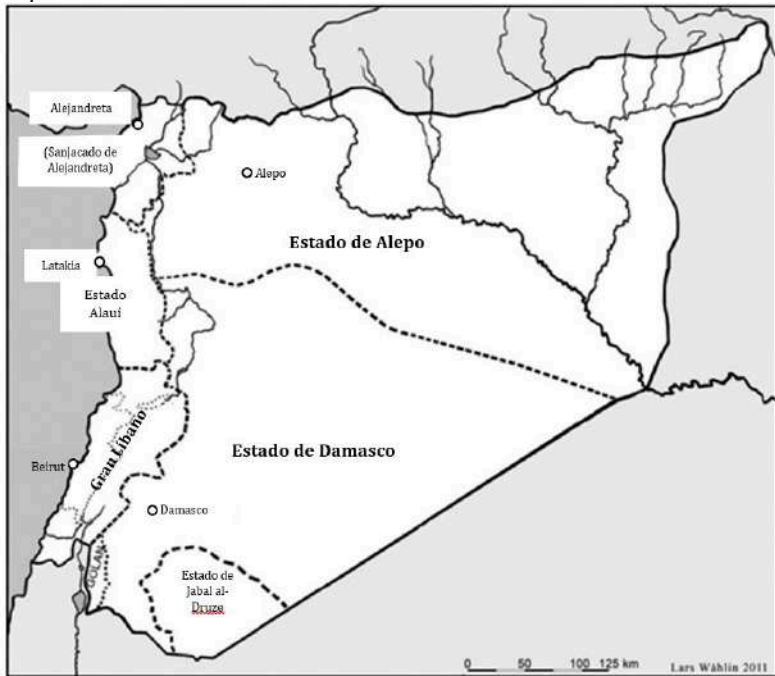
Históricamente, las poblaciones árabes concebían a la región actualmente conformada por Siria, Palestina, Líbano, Jordania y partes de Turquía e Irak como una totalidad territorial sin fronteras claras, ampliamente conocida como *Bilad al-Sham* (*países del Sham*) o, desde interpretaciones europeas, como “La Gran Siria” (Andurain, 2017) (también conocida como la *Siria Geográfica*). Si bien es cierto que, en el marco del control por el Imperio Otomano, esta región ya había vivido procesos imperiales de fragmentación administrativa tendientes al sectarismo y a la creación de fronteras internas (Hanne, p. 17), la parcelación colonial de los territorios dada en Medio Oriente por vía de los acuerdos de Sykes-Picot y la Resolución de San Remo tuvo un carácter cualitativamente distinto. En Siria, el establecimiento del Mandato Francés y el proceso colonial conllevó a una intensiva *compartimentación* del espacio ligada al control de la población y al dominio sobre el territorio, a la que se ancló una distribución desigual de los insumos políticos y económicos bajo criterios sectarios. Esto sentó las bases de la fractura social que se hizo evidente una vez que se empezaron a propagar las movilizaciones sociales a lo largo del mundo árabe durante 2011.

Una de las estrategias principales llevadas a cabo por el Mandato Francés, establecido en 1920, para asentar su control sobre la

Gran Siria fue la creación de fronteras administrativas internas, las cuales resultaron en un proceso de *balcanización* territorial que exacerbó las divisiones confesionales y de clase, e impidió la formación de un sentido de unidad territorial a través de la compartimentación colonial bajo parámetros sectarios (Quintana, 1980, p. 598). Esto llevó a la creación de un sistema administrativo cuyo objetivo era *encerrar* política y administrativamente a las diferentes minorías religiosas que históricamente habitaban los territorios del mandato, de manera que identidades confesionales fluidas se cristalizaron bajo la forma de identidades políticas construidas bajo parámetros propios de la territorialidad del Estado europeo.

Así, el territorio del Mandato fue parcelado según la percepción orientalista que tenían las autoridades francesas respecto a la distribución espacial de los grupos confesionales, lo cual resultó en el establecimiento de unidades administrativas propias para los drusos en las regiones montañosas del sur, los maronitas cristianos en las costas de Monte Líbano y los alawitas en las costas de Latakia. Igualmente, se crearon distritos autónomos en las regiones kurdas y se separó la Alexandretta en el noroeste debido a su población mayoritariamente turca (Kerr y Larkin, 2015, p. 36). El caso de la región interna de Siria, habitada mayoritariamente por la población sunita, fue diferente, ya que su dispersión territorial, tamaño poblacional y tendencias políticas antiimperialistas dieron fuerza a grandes movilizaciones sociales que presentaban una potencial amenaza para la administración colonial (Kargin, 2018, p.19). En este caso, primó una lógica de dividir para conquistar dada a través de la creación de dos *estados* (unidades administrativas) distintos: el Estado de Alepo y el Estado de Damasco, los cuales tomaban como referencia dos centros simbólicos históricamente importantes en vista de manipular rivalidades tribales. El objetivo de este proceso era frenar el nacionalismo árabe y sirio que desató la colonización, y así facilitar la dominación sobre el territorio y la población (Jörum, 2014, p. 25).

Mapa 1. División administrativa de la Siria colonial



Fuente: E. Jörum, *Beyond Syria's Borders: A History of Territorial Disputes in the Middle East*, p.25.

El sistema francés, teniendo como principales intereses estratégicos el control sobre la cuenca del Mediterráneo y el fácil acceso a sus colonias en África, privilegió política, económica y militarmente a las minorías alawitas y cristianas que se concentraban en la región occidental y controlaban las costas. La mirada colonial y la partición territorial que resultó de esta política sectaria conllevó a la aniquilación del tejido social frente a la instauración de fronteras y la edificación gradual de un sistema interno de centros y periferias, el cual continuó desarrollándose y se empezó a institucionalizar tras las independencias formales de Líbano en 1943 y de Siria en 1946. En el ámbito económico, la inserción de Siria al sistema capitalista tuvo

como resultado la destrucción de varias industrias tradicionales, el acentuamiento político de las divisiones de clase bajo parámetros sectarios y la creación de una relación estructural de dependencia respecto al gran capital, incluso en sectores tradicionalmente autosuficientes, como la agricultura que se daba en el este a orillas del Éufrates (Quintana, p. 598).

Una vez lograda la independencia, la fragmentación política y desigualdad espacial generadas por el sistema de mandatos resultó en un largo y violento proceso de formación del Estado sirio, el cual, a pesar de existir formalmente a partir de su independencia en 1946, mantuvo fronteras fluidas y se materializó a través de una lucha feroz por la conquista interna y el control del territorio.¹ Dostal resalta que, desde su independencia hasta la consolidación del Estado en la década de 1970, ocurrieron más de una docena de golpes de Estado en Siria, lo cual es indicativo de la fragilidad del *statehood* (unidad o capacidad de gestión estatal) en el territorio y explica el desarrollo del ejército como “el instrumento más efectivo para ejercer el poder político” (Dostal, 2014, p. 19). Este proceso puede ser relacionado al vínculo que encuentra Charles Tilly entre la guerra y la formación del Estado nacional, el cual resulta en una desproporción importante entre la organización militar y otras formas de organización civil contextos intervenidos por la colonización, principalmente a causa de la falta de una dinámica de *negociación* entre lo civil y lo militar, así como por el peso de fuerzas exógenas coloniales que intervienen en la conformación del ejército (Tilly, 1985, p. 186).

Incluso después de las independencias, la continua dominación colonial sobre Siria y el mundo árabe dada por la expansión del sistema capitalista fue retada desde múltiples narrativas islamistas,

¹ Más allá de la disputa territorial propia del conflicto actual, autores como Emma Lundgren Jörum identifican una fluidez histórica en las fronteras del Estado sirio, encarnada por las anexiones de la provincia de Hatay (también llamada Alexandretta) en el noreste, negociada entre Turquía y Francia en 1938, y posteriormente por la anexión israelí de los Altos de Golán en 1967. Ambos territorios continúan siendo reivindicados por el estado sirio hasta la fecha.

socialistas, comunistas, arabistas, antiimperialistas, tercermundistas, etc., que florecieron a lo largo de Medio Oriente durante el Siglo XIX. Es en este contexto histórico de Guerra Fría, resistencias y política sectaria postcolonial que debemos situar la fundación del Partido Baaz, un partido panarabista de alcance transnacional que, en Siria, se consolidó internamente en 1970 a través del Movimiento Correctivo encabezado por Hafez al-Assad, un militar y político perteneciente a la minoría Alawita (Jörum, 2014, p. 30). A lo largo de 30 años, Hafez al-Assad fue protagonista de un sistema de gobierno unipartidista de corte sumamente militarista y nacionalista, el cual se sostuvo en una narrativa de *resistencia* nacional cuyos ejes eran el confrontamiento contra Israel y la hegemonía de Estados Unidos, el acercamiento político-militar hacia la URSS, y el dominio regional sobre Líbano y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) (Kerr y Larkin, 2015, p. 13).

El gobierno de Hafez al-Assad resulta crucial porque fue el primer gobernante capaz de edificar una territorialidad propiamente estatal en Siria, dada por un sistema político que, a través de una mezcla de medidas formales e irregulares, logró tanto la *monopolización de la violencia legítima* a través del control militar sobre el territorio sirio como la orientación de los flujos económicos en un sentido nacionalmente unitario. Esto se dio a través de mecanismos altamente centralizados desde el Estado, cuyo objetivo era construir infraestructura necesaria para articular la economía entre los principales centros urbanos, Damasco y Alepo, así como para mantener estables las condiciones de vida en el campo y las periferias a través de subsidios, transferencias de capital e inversiones públicas. Esta política de nacionalismo económico, el cual se sostenía de una ideología modernista que buscaba sacar a Siria de su *atraso* crónico a partir de la educación de las masas por parte de las élites *ilustradas*, se impulsó incluso en el campo de las representaciones. Della Ratta ha estudiado, por ejemplo, la manera cómo las élites políticas y culturales de la era Assad se valieron del control audiovisual y la producción de series de TV (*musalsalat*) con el objetivo de impulsar la idea de la patria

(*al-Watan*) siria como parámetro identitario dominante, colocándolo por encima del crisol lingüístico y religioso que utilizaron los franceses para subordinar a la población (Della Ratta, 2018, pp.35-55).

En este sentido, el Baazismo encabezado por Assad es más que un episodio en la historia del Estado en Siria: es el tránsito de una representación colonial ficticia a una realidad territorial, económica, militar y simbólicamente tangible. Sin embargo, el Estado Baazista en la práctica reprodujo dinámicas fragmentarias a través de tratos favorables para las élites políticas y económicas, mayoritariamente (mas no exclusivamente) alawitas, cercanas al ejército y al Estado. Más aún, incluso si se impulsó políticamente la representación unitaria y laica de la sociedad siria, las contradicciones poscoloniales contenidas en el territorio no se eliminaron de raíz y se tuvieron que administrar por medio de un sistema de *paz autoritaria* encarnado en la creación *de facto* de dos ejércitos distintos. Un ejército profesional, confesionalmente diverso, encargado de defender las fronteras externas del Estado y representar someramente al nacionalismo sirio, y una guardia pretoriana, acuerpada por unidades confesional y familiarmente cercanas a Assad, encargada de defender al régimen a través de su despliegue frente a amenazas internas (Kerr y Larkin, 2015, p. 43). De esta manera, la territorialidad del Estado Assadista se tiene que entender como un constructo cuya existencia dependía del uso de medidas altamente centralizadas, tanto violentas (i.e. represión directa por parte del ejército y de milicias irregulares) como no violentas (transferencias de capital, subsidios), con el objetivo de pacificar, superficialmente, las tensiones latentes contenidas en las periferias.

Una vez desmantelada la URSS, el principal patrocinador del gobierno de Assad, el liderazgo del Baaz mantuvo su narrativa contrahegemónica y antiimperialista en el discurso, pero en la práctica dejó de resistir a la expansión del sistema capitalista y empezó a implementar políticas neoliberales de apertura económica desde 1986 y a lo largo de la década de 1990 (Abboud, 2020). Tras la muerte de Hafez al-Assad en el año 2000, le sucedió su hijo y actual cabeza del

gobierno, Bashar al-Assad, quien adoptó una narrativa abiertamente reformista, superficialmente contraria al modelo autoritario de su padre, la cual prometía la lucha contra la corrupción y la apertura política-económica de Siria. Esto dio lugar a un breve periodo de debate público dirigido hacia la sociedad civil, ampliamente conocido como la *Primavera de Damasco*, el cual en la práctica resultó en la cooptación de la oposición y, al divulgar tanto la imagen de Assad como un líder comprometido con la apertura (Della Ratta, 2018) como las dificultades de las élites urbanas para formar un frente único frente al régimen (Álvarez-Ossorio, 2012), legitimó la continuidad del unipartidismo baazista a lo largo de la próxima década. En este contexto, la reforma económica que empezaba a implementarse fue agudizada por la aplicación de un nuevo modelo económico denominado *Economía Social de Mercado*, lo cual conllevó a la propagación de dinámicas de capitalismo amiguista (*crony capitalism*) y el surgimiento de nuevas élites nacionales a costa de la degradación de las condiciones de vida en las periferias agrarias, económicamente dependientes de las transferencias de capital y los subsidios por parte del Estado (Abboud, 2020). Estos espacios, afectados desproporcionadamente por la sequía que azotó al Medio Oriente a partir de 2006, fueron posteriormente uno de los principales escenarios de las protestas y movilizaciones sociales en las que se desató la espiral de represión Baazista, cuyo resultado fue la transformación gradual del territorio sirio en aquello que Nazih Richani denomina un *sistema de guerra*.

En suma, al ser producto de la colonización y el dominio territorial por el sistema hegemónico, el ordenamiento territorial que nace de los Acuerdos Sykes-Picot y el Mandato Francés se debe entender como la implantación de las concepciones europeas del territorio en la región (Hanne, p. 17), lo cual conllevó a un proceso de parcelación territorial y organización política del espacio (Cataia, 2008, p. 2) ligado a la inserción estratégica de Medio Oriente bajo parámetros favorables para los centros del sistema hegemónico. En Siria, el proceso colonial resultó en la formación de un tipo particular de Estado nacional, construido a través de una lucha larga y violenta que generó contradicciones una

vez que se articuló como constructo político controlado por una clase privilegiada interna que obtuvo beneficios de su alianza con élites económicas transnacionales (Dostal, 2014, p. 10), puesto que el Estado nacional nace intrínsecamente ligado a la dominación de clases y a la reproducción de un sistema hegemónico global. En este sentido, la transformación de Siria en un territorio en guerra se tiene que entender como un proceso de colapso de la territorialidad del Estado Baazista en Siria, construida por las élites Assadistas bajo un modelo centralizado y neopatrimonial dependiente de mecanismos económicos, militares y simbólicos que empezaron a abandonarse como parte de un proceso de apertura neoliberal del territorio.

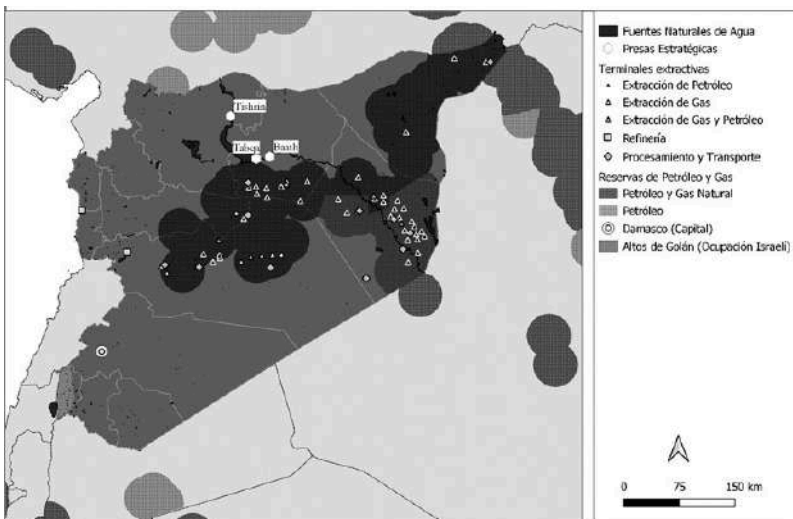
Para entender la situación de guerra que se vive en Siria desde hace cerca de 10 años, es importante de igual manera identificar cómo el territorio sirio ha sido significado como un espacio estratégico ligado a la necesidad de controlar “todo aquello con lo que se construye la materialidad, o lo estratégico de lo estratégico” (Ceceña, 2013, p. 66). Contrario a lo que sucede en otras partes de la región, como Irak o los emiratos de la Península, Siria no es un territorio abundante en riquezas estratégicas, ni energéticas ni minerales. Gilberto Conde identifica que, hacia 2007, las reservas probadas de petróleo en Siria rondaban en torno a los 2500 millones de barriles, lo cual contrasta tajantemente con el mínimo de 115.000 millones de barriles en Irak (Conde, p.31), y es equiparable a las reservas probadas en Argentina (IAPG, 2017).² En Siria, el significado del petróleo y el gas como insumos estratégicos tiene más que ver con su utilidad para captar divisas y la satisfacción de las necesidades energéticas internas – cuestiones sobre todo ligadas a la capacidad de hacer la guerra, al *statehood* y a la capacidad de lograr el control efectivo sobre el territorio.

Pese a esta escasez relativa de riquezas, Siria ha sido producida como un *espacio estratégico* a partir de las retículas propias de la

² Desde 2007, el seguimiento de la exploración de reservas petroleras iraquíes ha subido este número a 142.000 millones de barriles.

dominación del sujeto hegemónico, de manera que juega un papel importante dentro de las dinámicas geopolíticas que actualmente se juegan en Medio Oriente. Saracho resalta que los espacios estratégicos “no son puntos fijos, que tienen una capacidad ‘estratégica’ inherente, sino que dependen en gran medida de los actores que estén generando dicha estrategia, de las condiciones espacio-tiempo en el que se enmarcan y de su ‘lugar’ sistémico en el tejido del sistema-mundo” (Saracho, p.22). En el caso específico de la estrategia estadounidense, esto tiene que ver con la necesaria proyección de su hegemonía frente a sus rivales regionales, principalmente Irán y Rusia, así como el despliegue contra grupos interesadamente identificados como terroristas, la protección de sus aliados (i.e. Israel) y cuestiones como “garantizar el libre flujo del petróleo” y “asegurar el equilibrio y la seguridad regional” (Ghotme, p. 287).

Mapa 2. Siria: riquezas estratégicas



Fuente: elaboración de Christian Jean Faci.

En este sentido, la formación de una situación de guerra en Siria necesariamente se tiene que contextualizar dentro de la realidad y los antagonismos geopolíticos dados en las escalas regional y global, lo cual plantea la posibilidad de la articulación de la guerra como estrategia de contención y proyección hegemónica en un sentido más amplio. Esta tesis ha sido propuesta por autores como Koryvko y Ghotme, quienes plantean de diferentes formas que la guerra en Siria ha sido estratégicamente orquestada como una forma de ejercer la dominación y las dinámicas de proyección hegemónica provenientes desde Estados Unidos. Esta hipótesis, sin embargo, necesariamente se tiene que contrastar con la trayectoria y la corporalidad de la guerra en un nivel más local, en vista de generar un esquema auténticamente transescalar y territorialmente situado del conflicto.

Para este fin, resulta útil la noción de *sistema de guerra* acuñada por el politólogo Nazih Richani. Más allá de la identificación de la situación de guerra en Siria como un fenómeno sistémico, en el sentido de una manifestación territorial de un sistema mundial de guerra, hablar concretamente de la guerra en Siria como un *sistema* de manera más local resulta útil en algunos sentidos. Por un lado, facilita la categorización, esquematización y mapeo de los flujos políticos y militares de la plétora de actores involucrados, ya que nos aporta una totalidad metodológica a partir de la cual podemos ordenar las dinámicas del conflicto. En segundo lugar, el uso de esta categoría es útil para hacer puentes conceptuales con dinámicas de violencia que, en América Latina, nos resultan más familiares. Richani desarrolló el grueso de su marco teórico pensando en su aplicación al caso de la guerra civil en Colombia (Richani, 2003); es hasta 2016 que escribe un texto, utilizando las mismas categorías de análisis, para analizar el conflicto en Siria (Richani, 2018). Esto nos ayuda a desmentir la idea de que las guerras en Medio Oriente son más complejas y multidimensionales que las nuestras, y demuestra que, pese a la articulación del conflicto con variables propias del caso como la cuestión religiosa, es posible analizarlas en los mismos términos.

Richani define un sistema de guerra como “un conjunto de relaciones políticas, económicas y militares forjadas a través de las interacciones de actores violentos tras el inicio de una guerra civil” (Richani, 2018, p. 154). Se trata de una totalidad organizada, cuyas unidades o componentes interactúan a través del ejercicio de la violencia, lo cual “los une en una relación sistémica que, a su vez, conforma su propia dinámica” (Richani, 2003, p. 24). Los sistemas de guerra tienen tres características o condiciones que los determinan:

- El fracaso del ámbito institucional para “mitigar, arbitrar o mediar los conflictos sociales que polarizan el sistema de gobierno”.
- Una situación de impasse, es decir, “una correlación de fuerzas que no produce un ganador definitivo” una vez que el conflicto escala a una confrontación violenta.
- “La emergencia de una política económica que sostiene la guerra” (Richani, 2003, p. 25; 2018, p. 154)

El autor utiliza este esquema para identificar por qué y cómo se extienden las guerras civiles más allá de un cambio de fuerzas coyuntural, dando lugar a conflictos de larga duración en los que la violencia se convierte en una interrelación permanente dentro de un territorio en disputa.

Una vez que un conflicto adquiere estas características y se transforma en un sistema, se dice que entra en punto de equilibrio, a partir del cual se mantiene estable siempre que no haya cambios en la relación interna y la distribución de fuerzas. A pesar de la tendencia general a la perpetuación de la violencia a largo plazo, los sistemas de guerra rara vez se mantienen en un mismo punto de equilibrio. En la medida que el conflicto avanza y se dan cambios en la institucionalidad, la correlación de fuerzas y la economía política, estos suelen entrar en diferentes fases y se recalibran en puntos de equilibrio distintos.

Por lo que respecta a la economía política y la situación de *impasse*, el autor señala que existen dos tipos. Como parámetro central,

desarrolla el concepto de *cómodo impasse*, equiparable a las nociones de equilibrio de fuerzas o empate negativo, el cual existe cuando “los actores en conflicto logran establecer áreas bajo su control [...] para reagruparse, rearmarse, entrenar y reclutar; son lugares relativamente seguros y no se ven afectados por la guerra de baja intensidad” (Richani, 2018, p. 160). Una vez que cambia esta situación, aparece la posibilidad de un *impasse menos cómodo*, el cual es indicativo de un cambio importante en la correlación de fuerzas que amenaza al punto de equilibrio, forzando su recalibración o la potencial extinción del sistema.

Una última característica de los sistemas de guerra que vale la pena mencionar es aquello que el autor denomina interdependencia compleja, concepto que define como “la dialéctica entre conflicto y cooperación entre actores en guerra, mediada por su respectivo agenciamiento” (Richani, 2018, p. 162). De forma sintética, la interdependencia compleja hace referencia a aquellas situaciones, aparentemente contradictorias, en las cuales actores antagónicos cooperan entre ellos, ya que al hacerlo reciben una ganancia neta que mantiene o mejora, sea sus capacidades para hacer la guerra, sea el alcance de su eventual victoria.

Trayectoria histórica y fases de la guerra

Pese a las limitaciones del marco teórico de Richani, al entender la guerra en Siria desde un enfoque local que coloca a la agencia y la racionalidad de los actores por encima de las estructuras, la noción de sistema de guerra resulta útil para situar nuestro análisis dentro de una escala concreta y generar un esquema a partir del cual podemos identificar las principales temporalidades por las cuales ha transitado el conflicto. Si bien es importante resaltar que toda parcelación histórica de un proceso de guerra tan largo y complejo como el sirio necesariamente parte de cierto grado de arbitrariedad, para fines

prácticos proponemos una división en cuatro fases, fundamentada en las siguientes variables:

- La condición de fragmentación o unidad de la oposición anti-Assad.
- Formas predominantes de guerra y distribución de las capacidades militares.
- Ubicación geográfica de los principales focos de combate.
- Estructuración de las áreas de influencia y grado de control sobre los territorios ocupados.
- El peso y el tipo de relaciones provenientes de actores y fuerzas extranjeras.

Marzo 2011 – junio 2014

El estallido de la guerra en Siria no fue una ocurrencia repentina y total, y se tiene que entender como la metástasis gradual de un conjunto de protestas y movimientos sociales cuyo descontento estaba enraizado en la erosión de las condiciones de vida en las periferias agrarias, derivada de la apertura económica. Autores como Richani y Pinto han señalado que, contrario a lo sucedido en otros países partícipes de las *Primaveras Árabes* como Túnez y Egipto, las protestas sociales en Siria no fueron movilizaciones urbanas localizadas en las plazas de grandes ciudades, más bien tendieron a ser rurales, territorialmente dispersas y periféricas (Pinto, 2012, p. 353). Fueron principalmente las regiones rurales en el este y en el sur (i.e. Daraa', Deir Ez-Zour), así como la ciudad de Hama, los principales puntos de origen a partir de los cuales empezaron a propagarse los primeros brotes de las movilizaciones sirias. Gilberto Conde también señala que, a comparación de Egipto y Túnez, el levantamiento sirio fue tardío. El catalizador de las revueltas o la *intifada* en este primer momento fue la violencia ejercida por las fuerzas del gobierno de Daraa', una pequeña ciudad en el sur de Siria, contra un grupo de adolescentes

por escribir en las paredes consignas antigobierno inspiradas de las movilizaciones del resto del mundo árabe (Conde, p.143).

Como se apuntó anteriormente, estas movilizaciones tienen que situarse más allá de la coyuntura y verse como parte de un proceso de degradación de la seguridad alimentaria y las condiciones socioambientales en las periferias, ante el efecto de las políticas neoliberales implementadas por el gobierno y su articulación con la sequía que azotaba al territorio desde 2006. La relación entre la degradación socioambiental y la guerra en Siria es fundamental, ya que ha despertado la necesidad de generar investigaciones interdisciplinarias que vinculan la crisis climática dada por el calentamiento global con el conflicto y las guerras. Autores como Gleick, por ejemplo, han concluido que el cambio en las condiciones hídricas y climáticas de la región tuvieron un papel determinante en el deterioro de las condiciones económicas y de vida en Siria, lo cual tiene una relación directa con la movilización social y el conflicto (Gleick, 2014, p. 331). Esto despierta la necesidad de situar el conflicto en Siria como parte de una totalidad organizada o un *sistema complejo* en el que la realidad geopolítica está intervenida por “el deterioro del medio físico y de las condiciones de vida en extensas regiones” (García, 2010, p. 66).

En este sentido, es importante cuestionar planteamientos como los de Korybko (Korybko, 2015), Bensaada (Bensaada, 2015) y Carapico (Carapico, 2013), quienes interpretan las movilizaciones sirias a partir de “teorías que afirman que instituciones y gobiernos externos actuaron para hacer un cambio político en la región, a través de medios pacíficos y no violentos”, manipulando el actuar de la sociedad siria “según su propia agenda, a costa de las necesidades locales” (Della Ratta, p.125). Korybko, por ejemplo, propone de manera muy sucinta que la revuelta siria está emparejada con la crisis ucraniana, en la medida que fue una *revolución de color* orquestada por Estados Unidos con el fin de balcanizar el territorio y desestabilizar las periferias rusas. Carapico, por su parte, ha hecho énfasis en el papel que jugaron formas de activismo digital y Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) occidentales en el proceso de formación de

la sociedad civil en Siria, en vista de llevar a cabo una suerte de *activismo desterritorializado* (*deterritorialized activism*) capaz de operar por encima de la soberanía nacional del Estado en Siria (citado en Della Rata, p. 128). Al hacer esta crítica a estos enfoques, no estamos negando la existencia de un interés externo por manipular las movilizaciones según agendas geopolíticas externas. Sin embargo, es importante resaltar que toda dinámica de intervención en esta fase necesariamente operó a través de su articulación y alianzas con grupos locales, cuyas sujetidades y objetivos surgen desde las circunstancias vividas en Siria.

En sus primeras fases, la movilización social fue en gran medida pacífica y no retaba la existencia misma del Estado sirio. Hanne señala que, en este primer momento, las revueltas “no se manifestaban en contra de la nación siria como tal, sino contra un sistema político-económico particular” (Hanne, 2018, p. 27). Esta fase, dirigida por aquellos actores de la sociedad civil que se empezaron a manifestar directamente en contra de la autoridad de Assad, desató una dinámica de militarización que dio fuerza a los sectores islamistas de la oposición (Haidar, 2017, p.72) a lo que le siguió la degradación de la situación hacia una espiral de violencia y el eventual desgarramiento de la territorialidad del Estado en Siria. En este sentido, fueron clave las medidas represivas del régimen para poner fin a las revueltas desde un principio, especialmente a través del despliegue de sus fuerzas de élite como la Cuarta División Blindada, agentes de seguridad e inteligencia (*mukhabarat*) y un conjunto de milicias paramilitares irregulares ampliamente conocidas como *shabiha* (espectro o fantasma en árabe) (Jenkins, 2014, p. 6).

De esta manera, Bashar al-Assad intentó solucionar la situación de la misma manera que históricamente lo había hecho su padre, a través de una combinación de estrategias de despliegue selectivo de fuerzas pretorianas confesionalmente cercanas, uso de fuerzas paramilitares y la implementación de tácticas denominadas *clear and hold* (Holliday, 2013, p. 10), cuyo objetivo era impulsar la fragmentación entre los diferentes sectores de la oposición y, así, agudizar las

dificultades de la sociedad civil y de los grupos rebeldes para formar una alternativa política realista y unificada.³ También se buscaba frenar la gestación de una guerra civil a través del control mediático de la narrativa sobre las movilizaciones, impulsando representaciones sectarias que presentaban oficialmente a la oposición como extremistas manipulados por potencias extranjeras, con el objetivo de dismantelar la unidad secular de la patria siria (Della Ratta, 2018, pp. 118-142). Así, se buscaba desmotivar políticamente a los sectores seculares y a los grupos islamistas más moderados dentro de la oposición, en vista de frenar la conformación de una situación de guerra civil y restaurar el modelo de *governabilidad mediante el terror* característico del manejo territorial por parte de la administración Baazista (Pinto, 2012).

Conforme fue avanzando el conflicto, sin embargo, las limitaciones organizativas de las Fuerzas Armadas Sirias (FAS), el aumento de la defección dentro de las filas del ejército, la erosión del capital militar que había sido acumulado durante la Guerra Fría y la dependencia del gobierno en el despliegue irregular se hizo cada vez más visible, dando lugar a pérdidas importantes de territorio y de infraestructura estratégica. En 2013, esto conllevó a la firma del Decreto Legislativo 55, el cual permitía “la contratación de compañías privadas para proteger la infraestructura petrolera y gasífera” (Waters, 2019). Este decreto constituye la plataforma legal a partir de la cual Compañías Militares y de Seguridad Privadas (CMPS) rusas como ENOT Corp, Turan y, sobre todo, el Grupo Wagner (Østensen y Bukkvoll, 2018, pp. 24–26) pudieron ser contratadas por élites cercanas al gobierno para llevar a cabo operativos de recuperación de campos petroleros y gasíferos, los cuales, desde 2013, empezaban a ser tomados por el incipiente Estado Islámico (EI) (Østensen y Bukkvoll, 2018, p. 25). Pese al fracaso generalizado de estos operativos, su presencia

³ Holliday define las tácticas *clear and hold* como el despliegue de fuerzas armadas en grandes centros poblaciones para despejarlos, para posteriormente sostenerlos usando una guarnición pesada que asegure su posición.

constituye un antecedente importante para el escalamiento de los operativos contra fuerzas opositoras por parte de actores privados en años siguientes (Sukhankin, 2019, pp. 12, 13) y es un precedente central para la intervención directa de Rusia en 2015. Además del ingreso de las CMPS rusas, el Decreto Legislativo 55 contribuyó a la fragmentación interna y a la desarticulación operativa dentro de las fuerzas pro-régimen, dada la integración al sistema de guerra de milicias mercenarias pro gobierno ligadas a las élites económicas del Estado, tales como las Fuerzas Tigre (Quwwat al-Nimmr), los Halcones del Desierto (Liwa' Suqur al-Sahra) y el grupo palestino *al-Quds Liwa' al-Quds* (Waters, 2019).

De acuerdo con Richani, esta primera fase de la guerra tiene como característica principal el hecho de que “la oposición estaba compuesta por más de mil grupos armados con planes y objetivos que competían entre sí y sin estructuras de comando central” (Richani, 2018, pp. 160–161), lo cual evoca una idea de anarquía hobbesiana desatada frente al colapso del Estado. Esta imagen resulta útil para ilustrar las contradicciones contenidas por el modelo autoritario del Estado sirio en tiempos de paz, una vez que se identifica que la situación de *anarquía* (i.e. heterogeneidad ideológica, proyectos políticos disímiles y fragmentación social) no es una condición histórica inherente al territorio, sino resultado de la partición colonial del territorio y del propio proceso de construcción del Estado como forma de administración territorial a través de la guerra. Pese a esto, la noción de anarquía hobbesiana en el conflicto sirio ha sido criticada por autores como Baczkó, Dorronsoro y Quesnay, quienes argumentan que, en sus inicios, la insurgencia estuvo caracterizada por el sentido de pertenencia a una oposición nacionalista unitaria, *la coexistencia pacífica de diversas unidades militares* y su acomodo gradual bajo una agrupación paraguas apoyada por las potencias occidentales: el Ejército Libre Sirio (ELS) (Baczkó, Dorronsoro y Quesnay, 2016a, p. 106).

Esta perspectiva que enaltece al ELS como la principal fuerza *moderada* contra el autoritarismo de Assad, sin embargo, está atravesada por una lectura fuertemente occidentalizada del conflicto, la cual

ignora tanto las dificultades que tuvo el ELS para llevar a cabo operativos exitosos como la disimilitud de proyectos políticos que militaban bajo el mismo paraguas, el cual, en la práctica, se sostuvo únicamente por el apoyo que recibía desde las potencias occidentales. Es importante resaltar que las medidas del régimen para desmovilizar a los sectores moderados (tanto seculares como islamistas) por medio de la represión, en conjunto con las tácticas de despliegue selectivo que operaban con mayor violencia en las periferias sunitas que tendían más a la militancia armada e históricamente albergaban grupos islamistas, conllevó a la marginalización del sector moderado y secular frente a una narrativa cada vez más sectaria del conflicto. La *oposición moderada* encarnada por el Consejo Nacional Sirio (CNS, posteriormente denominado Coalición Nacional), un cuerpo civil exiliado que operaba desde Estambul con el apoyo de Turquía y Estados Unidos, permanecía incapaz de crear mecanismos adecuados para coordinar las diferentes facciones que enarbolaba el ELS, a pesar de la creación de un Consejo Militar Supremo (CMS) constituido por 30 representantes designados directamente por los grupos rebeldes (Lister, 2016, p. 8). En última instancia, la “heterogeneidad ideológica y la división interna de la oposición” (Álvarez-Ossorio, 2012), así como el choque de intereses que resultó del reconocimiento estadounidense de algunos grupos islamistas como grupos terroristas (Anderson, 2016, p. 48), conllevó a la erosión de la legitimidad del CMS y las capacidades operativas del ELS. A la par, la insurgencia islamista continuaba fortaleciéndose militar, económica y territorialmente, y se sublimaba gradualmente en la lucha de dos grupos: el Frente al-Nusra, una franquicia nacionalista de Al-Qaeda, y el autodenominado Estado Islámico (EI), también conocido como ISIS o Daesh.⁴

⁴ La denominación del grupo ampliamente conocido como Estado Islámico (EI), ISIS (por sus siglas en inglés, Islamic State in Iraq and Siria), ISIL (por sus siglas en inglés, Islamic State in Iraq and the Levant) o Daesh (por sus siglas en árabe, Dawla al-Islamiyya fi al-'Iraq wa al-Sham), es una cuestión complicada que ha suscitado controversia, ya que varias personas rechazan el reconocimiento de su autonombramiento como *Estado*. Por convención, utilizaremos el término *Estado Islámico* (EI).

Esta fase termina con la islamización del conflicto y su tránsito a una dinámica de guerra que, a pesar de estar protagonizada por milicias irregulares, grupos islamistas, compañías privadas de defensa nacionales/extranjeras y demás fuerzas no estatales, empezaba a presentar características de guerra convencional, una vez que el Estado sirio empieza a sufrir pérdidas significativas en ciudades importantes y el EI aprovecha el vacío de poder que se da en las periferias petroleras del Este para declarar su califato transnacional desde la ciudad de Raqqa (Celso, 2018, p. 103). De esta manera, el islamismo sunní militante del EI se sedimentó como la principal fuerza de oposición armada contra el Estado Baaz, cuyas capacidades militares estaban cada vez más dañadas y permanecían incapaces de mantener el control efectivo sobre el territorio. El *caleidoscopio de conflictos internos* enarbolados por el ELS permaneció operativamente débil y, frente a la falta de apoyo parte de las potencias occidentales, entró en una fase de declive tras el cual su división en facciones abrió paso a los grupos islamistas y frenó su pretensión de consolidarse como una alternativa realista frente al sistema Assad (Lister, 2016, pp. 9–13).

Junio 2014 – agosto 2016

La consolidación del EI como el principal grupo insurgente frente al Estado sirio, así como la expansión transfronteriza de su proyecto territorial desde Irak, es un punto de quiebre fundamental en la medida que rompió el control *de facto* del Estado sirio de vastas extensiones claramente delimitadas de territorio y creó un proyecto protoestatal alternativo al interior de sus propias fronteras. Richani señala que, una vez que el EI logra ocupar Raqqa y declara la fundación de su califato, empezó a articular sus estrategias de combate con estrategias de construcción de Estado (*state-making*) que iban más allá del simple monopolio efectivo de la violencia. Siguiendo el modelo de Charles Tilly, estas incluían la institucionalización de su

dominación a través de cortes judiciales y la creación de sistemas tributarios benéficos para las élites locales (Richani, 2018, p. 166), así como la creación de un sistema financiero autosustentable basado en la “extorsión, el robo, el saqueo de bancos, el tráfico de personas, el control sobre campos de petróleo y gas y el contrabando de bienes culturales” (Beccaro, 2018, p. 211). Frente a esta situación, la academia occidental hacia el conflicto retomó la narrativa del EI y empezó a cuestionar de manera explícita la artificialidad de las fronteras estatales y la posibilidad de una reorganización política del espacio social que pusiera fin al “régimen Sykes-Picot” (Salyer, 2018).

Tras expandirse y consolidar su control sobre pozos petroleros importantes, principalmente los campos petroleros de Mosul en Irak y los campos de Deir Ez-Zour y Palmira en Siria, el EI logró desarrollar endógenamente sus capacidades militares a través de “positive resource shocks” (Kalyvas, 2015, p. 45), véase la captura de cantidades importantes de armamento pesado, y exógenamente a través de su vinculación con redes transnacionales de venta de energéticos y de compra de armas e insumos para hacer la guerra. Esto dotó al EI de un carácter protoestatal históricamente inédito para una insurgencia islamista y le permitió desarrollar capacidades militares convencionales suficientes para “llevar a cabo operativos militares sofisticados” (Beccaro, 2018, p. 211). En este sentido, el EI se debe analizar más allá de la identificación política que se le ha dado como grupo terrorista. Kalyvas, por ejemplo, ha resaltado la similitud que guarda el EI con los grupos tradicionalmente denominados como revolucionarios, puesto que demostró su capacidad de controlar efectivamente los territorios ocupados y articular tanto estrategias híbridas de guerra de guerrillas como estrategias convencionales, adecuadas según la situación (Kalyvas, 2015, p. 45). Estas tácticas han sido desarrolladas por autoras como Beccaro, quien argumenta que el EI se debe analizar como una organización *híbrida* cuyas tácticas de guerra irregular incluyen una plétora de armas y formas de hacer la guerra, incluyendo “capacidades convencionales, tácticas irregulares, actos terroristas y actividades criminales” (Beccaro, 2018, p. 210).

Las capacidades del EI incluso se deben estudiar más allá de su dimensión estrictamente militar, e incluso del control e institucionalidad territorial al interior de Irak y Siria, ya que en su apogeo incluían un aparato de propaganda bien consolidado, conocido como el Centro Mediático al-Hayatt, con lo que acrecentaron la capacidad de generar lazos operativos e ideológicos con redes terroristas en Europa y Estados Unidos. Así, hubo un proceso de militarización del espectro radioeléctrico y el alcance de la guerra en Siria se globalizó ante la exportación de narrativas dirigidas hacia las poblaciones suníes en Europa y Estados Unidos (Ølgaard, 2020). Esto da cuenta del hecho de que la situación de guerra en Siria es una guerra que se ha globalizado, de manera que el control sobre la narrativa y la producción audiovisual respecto a la guerra se ha configurado como uno de sus frentes más importantes. Della Ratta ha desarrollado de manera muy amplia el proceso de militarización del espectro radioeléctrico desde Siria a través de la producción, la publicación y la difusión de representaciones e imágenes de la guerra, lo cual constituye una disputa en la que participan diferentes grupos (i.e. el EI, activistas de la sociedad civil, medios y gobiernos extranjeros, e incluso las élites del Estado sirio) y resulta en su articulación dialéctica con la violencia vivida en el territorio (Della Ratta, 2018).

En el terreno, el gobierno de Assad perdió prácticamente la totalidad del Este y el Noreste del país, cediendo su control sobre las áreas de población mayoritaria kurda en vista de concentrar sus operativos y recuperar el control de su principal zona de interés, la espina dorsal siria que va desde Daraa hasta Aleppo. De acuerdo con Celso, esta retirada del Estado en el Kurdistán sirio contribuyó al eventual desarrollo del Partido de la Unión Democrática Siria (PYD), “una rama siria del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK)”, la cual contaba con un brazo armado conocido como las Unidades de Protección Popular (YPG) (Celso, 2018, p. 103).⁵ A la par, la erosión

⁵ Denominar al PYD como una *rama* del PKK es una cuestión políticamente con-
tenciosa, impulsada en gran medida desde Turquía. Es indudable que existen lazos

del capital militar y las capacidades de las Fuerzas Armadas Sirias eran cada vez más palpables, incluso más allá de los territorios controlados por el EI. Las acusaciones -imposibles de demostrar- que se han hecho al régimen sirio respecto al uso de armas químicas en ciudades como la Ghouta Oriental y Hama, así como al uso de las llamadas *bombas de barril* en grandes ciudades, se tienen que entender como acciones desesperadas para compensar la falta de municiones y el agotamiento del arsenal convencional de las fuerzas armadas.^{6 7} A partir de 2013, Hezbollah, un partido libanés militarmente activo e ideológicamente cercano al Baaz y a la minoría alawita, envió milicias para desplazar fuerzas rebeldes de ciudades fronterizas como Qusayr y asegurar los puntos estratégicos que articulaban la línea Damasco-Alepo y las costas, tras lo cual quedó inserto en el enjambre de milicias característico de las fuerzas pro gobierno (Celso, 2018, p. 103). A la presencia de Hezbollah, cuya importancia para el régimen sirio recaía en su conocimiento y experiencia en tácticas de guerra híbrida adquiridas en la guerra de 2006 contra Israel, se le sumó el “envío de soldados de la Guardia Revolucionaria y agentes de inteligencia iraníes a Siria” (Garduño, 2017, p. 253), los cuales se integraron (inicialmente de manera encubierta) para entrenar a las fuerzas Assadistas y luchar contra algunas milicias islamistas financiadas desde la Península Árabe, así como para “verificar el apoyo logístico, militar y mediático hacia algunas fuerzas” y “abrir canales de comunicación con grupos opositores para que se comprometieran a mantener los intereses de Irán” en caso de un vacío de poder que generara el colapso del sistema (Garduño, 2017, p. 254).

importantes entre ambas organizaciones, aunque sus características específicas sean difíciles de descifrar por los retos inherentes al estudio del conflicto sirio.

⁶ Para este tema, consultar Enrique Baltazar Rodríguez, “El Uso de Armas Químicas en Ghouta y la Geopolítica del Conflicto en Siria”

⁷ Acuerdo a Holliday, “bombas improvisadas hechas con barriles petroleros tiradas desde helicópteros sirio” (Holliday, 2013), a veces cargadas de material incendiario o clavos (Celso, 2018).

Inevitablemente, la degradación de las condiciones en Siria frente al colapso del ELS, el fortalecimiento mediático y territorial del EI, así como a la consolidación gradual de un *frente chíi* conformado por el régimen sirio, Hezbollah e Irán en las áreas controladas por el gobierno, despertó la atención de las potencias occidentales. Pese a esto, los antecedentes que presentaban Irak, Afganistán y, de manera más reciente, Libia redujeron en gran medida la probabilidad de una intervención directa mediada por las potencias occidentales. Desde 2013, las denuncias de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos contra el régimen de Bashar al-Assad por el uso de armas químicas en Ghouta, un barrio periférico de Damasco, estuvieron muy cerca de utilizarse para justificar una intervención militar e internacionalizar el conflicto sirio (Baltar, 2017, p. 271) En última instancia, sin embargo, las *líneas rojas* marcadas por Obama respecto a Siria resultaron bastante flexibles, de manera que su gobierno se abstuvo de llevar a cabo operativos que involucrarán directamente la presencia de tropas estadounidenses.

En su lugar, la administración Obama optó por una combinación del uso de poder aéreo y su asociación con agentes locales, en vista de generar alianzas en un nivel no estatal que le permitieran llevar a cabo un despliegue basado en el uso de drones y operativos especiales (Celso, 2018, p. 107). Con este fin, se creó un grupo de trabajo conjunto (Joint Task Force) conocido como U.S. Special Operations Joint Task Force—Operation Inherent Resolve (SOJTF-OIR) (Brau, 2019, p. 96) con el objetivo de hacer la guerra contra el EI a través de operativos aéreos, coordinar la estrategia estadounidense en Irak y Siria, y en última instancia vincularse con grupos locales afines a sus intereses, en vista de mantener su posición como *stakeholder* en el desarrollo del conflicto sirio. Para reducir la cantidad de tropas en el terreno, se aprovechó la alianza existente con los kurdos y la condición general de Irak como territorio ocupado, en vista de generar acercamientos con las facciones kurdas del YPG, para así llevar a cabo operativos quirúrgicos que buscaban destruir objetivos estratégicos y desmantelar el proyecto proto-estatal del EI sin necesidad de reproducir el modelo de intervención directa implementado en

Irak. De esta manera, la presencia estadounidense se convirtió en un activo permanente dentro de los territorios kurdos en el norte y el este, por medio de un operativo difuso y quirúrgico cuyo objetivo era extender el despliegue de espectro completo hacia el territorio sirio:

Al prohibir que las fuerzas armadas de EE. UU. combatieran en tierra contra los militantes del Estado Islámico, la administración de EE. UU. esperaba manejar las consecuencias políticas de verse arrastrada a otro conflicto regional. Después de cierta confusión inicial, en 2015, la administración siguió una política de degradar y destruir el proyecto de construcción estatal del Estado Islámico. Los ataques aéreos estadounidenses se dirigieron a las concentraciones de tropas del califato y sus nodos logísticos estratégicos. Al ayudar a las fuerzas locales con las operaciones aéreas, Estados Unidos golpeó la infraestructura de transporte y energía del califato (Celso, 2018, p. 107) 107).

Para este punto, la situación de guerra en Siria había llegado a un punto de equilibrio radicalmente distinto. El gobierno, además de perder los pozos petroleros y las periferias agrarias en el Noreste, el Este y partes del Sur, estaba cada vez más presionado por la plétora de milicias de la oposición que operaban y comenzaban a ganar fuerza en las ciudades. Pese a la intervención iraní y la entrada de Hezbollah a favor del régimen, la pérdida de partes de Alepo desde 2012 y la erosión general de las capacidades de las Fuerzas Armadas Sirias para coordinar a las milicias que luchaban a su favor, conllevó un fortalecimiento general de varios sectores islamistas de la oposición, la cual gozaba de apoyos externos desde Turquía, Estados Unidos y las monarquías del Golfo Pérsico, y empezaba a retar la posición del régimen en la espina dorsal del Estado (la ruta Damasco-Homs-Alepo), e incluso Latakia, el bastión histórico de los alawitas.

Es en este contexto que se debe entender la intervención rusa en otoño de 2015, la cual transformó nuevamente la situación y recalibró el punto de equilibrio de la guerra. Pese a estar involucrada políticamente en la cuestión siria y mantener vínculos diplomáticos y militares importantes con Assad desde el inicio de la revuelta, la

intervención rusa en Siria hasta ese momento se había dado de manera encubierta y por medio de operativos irregulares, principalmente por medio del despliegue de CMPS por élites cercanas al gobierno, así como por grandes contratos de venta de armas. Acuerdo a Richani, el flujo de armas dado por Rusia “fue un cambio de dirección en el balance de fuerzas, el cual se había estado inclinando hacia la oposición durante la primera fase de la guerra civil que duró hasta mediados de 2013” (Richani, 2018, p. 173). Esta modalidad de participación exógena a través de la inserción de *inputs* al sistema de guerra, sin embargo, resultaba insuficiente para asegurar los objetivos estratégicos de Rusia hacia Siria y mantener estable la posición del gobierno en los territorios que controlaba. Así, una vez que se percató de los avances de la oposición en las provincias de Latakia, Idlib y Hama, decidió convertirse en un participante directo dentro del sistema por medio de un despliegue cabal de su fuerza aérea (Celso, 2018, p. 104). El objetivo era reestablecer la presencia que históricamente había tenido la URSS en el puerto de Tartus y compensar el deterioro de las capacidades operativas de las Fuerzas Armadas Sirias, generando mecanismos coordinados directamente por Rusia para reconstruir al ejército e integrar las milicias bajo un control unificado desde Damasco (Waters, 2019).

Tras su integración al sistema de guerra bajo la justificación de combatir al EI y defender la unidad y soberanía del Estado sirio (‘Ayek, 2020), Rusia sustituyó a Assad como la principal cabeza detrás de la coordinación de las milicias pro gobierno, y empezó a implementar una serie de planes para la reconstrucción de las Fuerzas Armadas del régimen (Waters, 2019). Así, se empezó a generar una situación en la que las fuerzas armadas bajo el mando de Assad adquirieron un carácter secundario dentro del proceso de guerra, mientras que la organización militar y la negociación político-diplomática quedó en las manos de Irán y Rusia. Este modelo de guerra, dominado por una dinámica de milicias unificadas bajo un mando externo ha sido denominado *Superpower Hybrid Warfare* por Anthony Celso, debido a que “las políticas estadounidenses y rusas hacia Siria presentan un caso único, en el que las intervenciones militares lograron sus

objetivos por un costo relativamente bajo debido a la determinación de sus socios locales para facilitar el cumplimiento de los objetivos de las superpotencias” (Celso, 2018, p. 92).

En este sentido, la noción de guerra híbrida utilizada por Celso está inspirada en la definición de Hoffman a partir de su análisis de la guerra de 2006 entre Hezbollah y Líbano, la cual tiene como base la articulación entre dinámicas de guerra convencional o tradicional y manifestaciones propias de la guerra irregular (Barrios, 2019), aunque se presta énfasis en el carácter instrumental que juegan las milicias en un esquema geopolítico dominado por el choque de intereses entre grandes potencias. El planteamiento de Celso resulta provocador en la medida que su posicionamiento respecto al concepto de *Guerra Híbrida* enarbola los operativos tanto rusos como estadounidenses en Siria, lo cual refiere a la lectura que han hecho varios analistas de la guerra en Siria como una “*proxy war* (guerra indirecta o guerra por procuración) entre patrocinadores regionales, más que como una guerra entre un dictador y un movimiento democrático popular”(Kavlick, Jones, Ward y Bauer, 2015, p. 2). El argumento de Celso está sostenido por una conceptualización impulsada por algunos autores rusos como Dmitri Trenin, quien plantea que existe una *guerra híbrida global* entre Estados Unidos y Rusia debido a la revitalización de su posición geopolítica como una potencia global (Celso, 2018, p. 95). Esta noción ha sido internamente criticada por autores como Koryvko, quienes argumentan que la guerra híbrida es una cuestión propia de la estrategia estadounidense (Koryvko, 2017), y externamente por autoras como Bettina Renz, quienes argumentan que la noción de *guerra híbrida* ha conllevado a un análisis ahistórico e insuficiente respecto al despliegue militar ruso fuera de sus fronteras, hacia sus periferias. Más allá de interpretar la instrumentalidad del poder ruso desde la irregularidad, Renz argumenta que la intervención rusa en Siria demuestra ante todo la capacidad y disposición de Rusia para “llevar a cabo operativos fuera del espacio soviético, por primera vez en la historia post-soviética” (Renz, 2016, p. 11). En última instancia, la intervención rusa y la conformación

del frente Rusia-Irán-Hezbollah generó cambios suficientes en el sistema de guerra para asegurar la posición de Assad en los puntos estratégicos alrededor de Latakia y Damasco, permitiéndole empezar a reconstruir la territorialidad del Estado en sus articulaciones fundamentales e incluso a recuperar territorios y pozos petroleros.

Por su parte, la enemistad compartida entre el frente Rusia-Irán-Assad y las milicias apoyadas por Estados Unidos hacia el EI llevaron al declive de su territorialidad protoestatal. A partir de 2016, Estados Unidos se convirtió en una fuerza ocupante en Siria al establecer la base militar de *al-Tanf* cerca de la frontera con Jordania (O'Hanlon, 2019), con los objetivos de establecer un búfer entre Siria e Irán, bajo la justificación de llevar a cabo operativos y misiones de entrenamiento en contra del EI. Pese a esto, hacia marzo de 2016, fuerzas pro gobierno lograron recuperar territorios importantes en Palmira, en la región central de Siria (BBC, 2016), abriendo por primera vez desde el inicio de la guerra la posibilidad de comenzar a llevar a cabo la reconquista del territorio hacia el este. En última instancia, el apoyo estadounidense hacia las SDF permitió su consolidación como la principal fuerza efectiva en el este y el norte de Siria, lo cual aceleró el declive del islamismo militante en la región y abrió las puertas a un proceso de negociación de la territorialidad ante la liberación tanto del autoritarismo del EI como del régimen Baazista. Es hasta octubre de 2017 que el EI es expulsado definitivamente de su capital administrativa, Raqqa (Cockburn, 2017); sin embargo, la erosión de las capacidades convencionales que logró en su apogeo llevó a su dispersión y rearticulación como un conjunto de células irregulares en un sentido más tradicional. De esta manera, el EI en Siria pasó de ser una insurgencia con una territorialidad protoestatal, capaz de llevar a cabo operativos militares convencionales utilizando armamento pesado, a ser un actor irregular en un enfrentamiento asimétrico, dependiente del uso de tácticas propias de una guerra de guerrillas tales como escaramuzas, ataques suicidas, ataques a líneas de suministro (Al Nofal, 2019) e incluso quema de campos de trigo y cebada (Sly, 2019).

Agosto 2016 – octubre 2019

Al contar con un número relativamente reducido de tropas en territorio sirio, aproximadamente 538 hacia el fin de la administración Obama (Parsons y Hennigan, 2017), las operaciones conjuntas estadounidenses trabajaban directamente con las fuerzas kurdas y árabes agrupadas dentro de las SDF, en las cuales el YPG kurdo juega un papel determinante. El SOTJF-OIR, más allá de llevar a cabo y coordinar operativos estrictamente militares, trabajaba directamente con las SDF para llevar a cabo tareas civiles y de desarrollo institucional, en vista de jugar un papel activo en las formas de gestión, vivencia y producción en territorios sirios. Brau, por ejemplo, ha descrito la manera como los operativos estadounidenses del SOTJF-OIR trabajaron con autoridades locales en ciudades liberadas de la ocupación del EI, retomando su experiencia en la ciudad de Raqqa, a través de tareas civiles como la reconstrucción, apoyo y legitimación de consejos civiles alineados bajo los parámetros estratégicos del Departamento de Defensa (DoD) (Brau, 2020). De esta manera, es observable que el desmantelamiento de las capacidades territoriales del EI desató un proceso de negociación de la territorialidad en las ciudades liberadas, lo cual fue aprovechado por el despliegue estadounidense para mantener su presencia a través de la cooptación y su intervención dentro de lo civil.

Pese a esto, la renegociación territorial desencadenada por el colapso del EI también despertó propuestas de gestión territorial heterodoxas, las cuales negaban el legado colonial inherente a la institucionalidad y las fronteras del Estado sirio, el modelo autoritario que sostenía su existencia y su relación con el sistema capitalista. Este movimiento, liderado por el PYD en alianza con las SDF, se materializó con el anuncio de la creación de un sistema federal en el norte de Siria, conocido como Rojava, u oficialmente, como la Administración Autónoma en el Norte y el Este de Siria (NES) (Baczko, Dorrnsoro y Quesnay, 2016b, p. 177). A la propuesta territorial de Rojava, construida desde 2011 y desarrollada a lo largo del conflicto,

le subyacían décadas de represión baazista y vivencia en las periferias sirias, de forma que su creación tiene que contextualizarse como un proceso latente cuyas posibilidades de existir se dieron con el colapso de la territorialidad del Estado sirio y el surgimiento de un vacío de poder en el Kurdistán sirio (Castillo Quiñones en Conde, p. 116). Al proponer un modelo político alternativo denominado *Confederalismo Democrático*, cuyas formas de autogobierno y defensa del territorio retaban a la estatalidad autoritaria y a la inserción del territorio dentro de un sistema de reproducción ampliada, Rojava ha sido ampliamente interpretada desde occidente como una “tercera vía’ a los modelos políticos observados en la región” (Castillo en Conde, p. 124) o como un *espacio negativo*:

[Un espacio] que contiene en su interior una lucha contra diferentes violencias estructurales, que ha llevado a través de una antipraxis de la violencia que ha conseguido no solo la reivindicación del papel de la mujer en aras de una nueva construcción de subjetividad de género, sino el desarrollo de una democracia participativa directa, todo en el marco de una guerra regional de alta envergadura dentro de la que han logrado, a su manera, un espacio completamente securitizado, negando con su cristalización la partícula esencial que la modernidad reserva sola y únicamente al Estado. Así al interior de un torbellino provocado por la modernidad capitalista, surge de su dialéctica su propia contradicción. Una isla de otro mundo posible (Saracho *et al*, 2018, p. 12).

En este sentido, Rojava surge como un proyecto político cuya territorialidad desafía los parámetros hegemónicos ligados a la estatalidad, la patriarcalidad y al sistema capitalista, lo cual es indicativo de las implicaciones sistémicas que subyacen al conflicto en Siria. Pese a su inconformidad frente a los parámetros propios del sujeto hegemónico, los cantones autónomos de Rojava fueron en gran medida tolerados e indirectamente apoyados por los operativos y la administración estadounidense, debido a su dependencia general respecto a las SDF y el YPG. Sin embargo, uno de los retos a los que se enfrentó la estrategia estadounidense en Siria desde sus inicios

fue el antagonismo de uno de sus principales aliados regionales y miembro de la OTAN, Turquía, hacia las milicias kurdas del YPG, las cuales interpretaba como una amenaza debido a sus lazos con el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) que militaba en el sur de Turquía. A pesar de compartir con Estados Unidos su desagrado y oposición en contra del gobierno de Assad, el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan tomó una postura diferente hacia el conflicto sirio, la cual desde sus inicios se mostró hostil hacia el YPG y al apoyo tácito de Estados Unidos hacia el autogobierno kurdo. Brau incluso ha dado cuenta de los esfuerzos que llevó a cabo el SOTJF-OIR para desactivar la hostilidad *irracional* de Turquía en contra de sus aliados en Siria, los cuales incluyeron solicitudes al YPG por cambiar su nombre e imagen para desvincularse del PKK, operaciones mediáticas y esfuerzos de diversificación demográfica dentro de las SDF para incluir más unidades árabes y así dismantelar la percepción de sí mismos como un ejército kurdo (Brau, 2020, p. 98).

Pese a estos esfuerzos, la distancia entre la postura estadounidense y la postura turca hacia Siria eventualmente resultó en un cambio de estrategia cuyas implicaciones dieron paso a una modificación de temporalidad y a la recalibración del punto de equilibrio en el conflicto. Al cambiar su estrategia de contención hacia los kurdos liderados por el YPG por una estrategia de intervención directa y la creación de zonas búfer en el Norte de Siria (Yüksel, 2019, p. 6), Turquía pasó a ser una de las principales fuerzas ocupantes dentro del territorio sirio, junto con Rusia, Estados Unidos e Israel, quien además de ocupar los Altos del Golán ataca frecuentemente objetivos estratégicos en Siria utilizando su poder aéreo. Este cambio de estrategia se materializó en agosto de 2016 con el lanzamiento de la Operación Escudo Éufrates, con el objetivo de ocupar la región central del Norte sirio, desde Azaz hasta Yrabulus, y así crear una zona búfer que terminara con los últimos bastiones territoriales del EI (Middle East Eye, 2017) y, simultáneamente, rompiera la articulación entre los cantones kurdos de Afrín y de Kobane. Este operativo, el cual se orquestó como una operación *antiterrorista* que agrupaba al

EI y al YPG dentro del mismo paraguas, implicó la cooperación del ejército turco con los rastros del FSA y un crisol de milicias de la oposición que eventualmente conformaron un nuevo bloque, conocido como el Ejército Nacional Sirio (SNA) (Yüksel, 2019, p. 6). La intervención turca fue denunciada por todas las fuerzas estatales partícipes en el conflicto: el gobierno sirio, Rusia, Irán e incluso Estados Unidos y sus aliados en Europa, lo cual es indicativo de un enfoque estratégico sumamente localizado que terminó por complejizar la guerra y transferir el foco de conflicto del este al norte.

Una de las implicaciones más importantes de la intervención turca fue su transformación en el principal patrocinador de la oposición en contra del régimen, la cual continuaba operando bajo un sistema de milicias incapaz de hacer frente a la reconstrucción de la estatalidad Assadista, logística y aérea sostenida por Rusia. La recuperación gradual del control desde el sur hasta el norte, lo cual tiene como fecha clave la recuperación de Aleppo a finales de 2016, desplazó a miles de personas y obligó la retirada del crisol de milicias de la oposición hacia el noroeste, concentrándose en la provincia fronteriza de Idlib. Al controlar la frontera occidental, Idlib se transformó en una provincia *bastión* capaz de recibir apoyo militar e insumos desde Turquía, permitiendo a las milicias resistir tanto militar como diplomáticamente a la expansión del régimen hacia el norte. Es imposible describir con precisión al enjambre de milicias que, desde 2017, se concentra en la provincia de Idlib, ya que estas incluyen un espectro de grupos islamistas, grupos moderados e incluso milicias extranjeras de las cuales existe poca información. De acuerdo con Yüksel, Turquía ha llevado a cabo esfuerzos por expandir su influencia en la provincia y, así, obligar a los diferentes grupos a alinearse según los objetivos estratégicos de la coalición opositora apoyada por Turquía y Qatar, la Coalición Nacional Siria (CNS) (Yüksel, 2019, p. 9). En la práctica, la heterogeneidad ideológica y de objetivos que existe en este espacio ha imposibilitado todo esfuerzo por coordinar a las milicias. Incluso es posible observar que, hacia 2019, la milicia dominante en Idlib es la Organización para la

Liberación del *Sham* (Hayat Tahrir al-Sham) (HTS), un grupo islamista fabricado por el Frente al-Nusra para cambiar su imagen y deslindarse de al-Qaeda (Bareesh, 2020, p. 23, citado en Yahya).⁸

A la Operación Escudo Éufrates, la cual sepultó la posición del EI como una fuerza capaz de controlar territorio en la región Norte y marcó la transformación del ejército y la policía militar turca en una presencia fija en Siria, se le sumó otro operativo en 2018.⁹ Denominado Operación Ramo de Olivo, este operativo extendió la ocupación turca al cantón de Afrín, desmantelando de manera efectiva el autogobierno kurdo en la zona noroccidental. Como fuerza ocupante, Turquía ha adoptado varias de las tareas propias del Estado, incluyendo misiones de entrenamiento de policías, la emisión de tarjetas de identidad (Osman, 2018), la creación de un servicio civil e incluso la sustitución de la libra siria por la lira turca (Economist, 2020). De esta manera, Turquía ha negado la posibilidad de construir alternativas a la estatalidad sosteniéndose en un discurso antiterrorista cuya base recae en parámetros étnicos, a la par que ha negado al régimen sirio, a Rusia y a Irán la posibilidad de recuperar la totalidad de Siria y restaurar las viejas formas de gobernanza y administración sobre el territorio.

Otra de las tareas apropiadas por Turquía como parte de su proceso de cooptación del discurso de la oposición y reinserción de la estatalidad tiene que ver con el ámbito diplomático, ya que Erdoğan se ha posicionado como el principal portavoz de las poblaciones opositoras frente a Rusia e Irán. De acuerdo con Al Achi, “el apogeo de esta cooptación internacional de la oposición se vio en las conferencias de Astana (enero 2017) y Sochi (febrero 2018) en las cuales Turquía,

⁸ Pese al intento del HTS por cambiar su imagen y deslindarse de al-Qaeda, los operativos estadounidenses niegan este cambio, refiriéndose a ellos por su antiguo nombre (Frente o Jabhat al-Nusra), o simplemente como *al-Qaeda*.

⁹ Como se señaló anteriormente, el momento más indicativo del colapso territorial del EI es la liberación de Raqqa en octubre de 2017. Turquía externó abiertamente su disposición a participar con Estados Unidos para expulsar al EI de su capital, pero se negó a hacerlo en conjunto con fuerzas kurdas del YPG.

Irán y Rusia fungieron como garantes de ‘alto al fuego’ locales” (Al Achi, p. 16, citado en Yahya). Estos procesos son muy ilustrativos del papel secundario del gobierno de Assad, las milicias de oposición y, en general, las poblaciones sirias en los procesos de negociación de su propia territorialidad; gobiernos ajenos negociaban y continúan negociando el destino de Siria en ciudades extranjeras. Sin embargo, más allá de negociar meras cesaciones de las hostilidades, Turquía utilizó las negociaciones con Rusia e Irán para recalibrar los términos de la guerra, legitimar su ocupación como un *fait accompli* y asegurar la supervivencia de la oposición en Idlib amenazando a Rusia con un escalamiento de la guerra hacia un conflicto simétrico entre ejércitos convencionales. Esto estuvo cerca de ocurrir un par de años después, entre febrero y marzo de 2020, cuando el ejército turco anunció una campaña militar a gran escala tras sufrir cerca de 40 pérdidas en un frente a la artillería rusa y siria (Gall, 2020).

A partir de estas negociaciones, la presencia turca en el norte de Siria se ha normalizado, y se ha transitado a un sistema de conflictos de baja intensidad, patrullas conjuntas y de instalación de puestos de observación rusos, iraníes y turcos que, en la práctica, han institucionalizado la ocupación del territorio sirio, eternizado indefinidamente la situación de guerra y han aumentado la posibilidad de un escalamiento hacia una confrontación convencional entre Turquía y Rusia. Pese a las pérdidas en el Norte, las Fuerzas Armadas Sirias y demás milicias pro gobierno han continuado llevando a cabo operativos internos, en vista de acrecentar su control sobre la carretera M5 que une a Damasco con Alepo, eliminar células asimétricas que operan de manera difusa y restaurar la estatalidad dentro de sus nuevos límites territoriales *de facto*. En este contexto de estancamiento, empate negativo o *impasse* localizado en el norte, Rusia ha profundizado sus capacidades navales y aéreas por medio de la ampliación de sus bases en Tartus y Hmeimim (Deutsche Welle, 2020), lo cual da cuenta de su compromiso con Assad y de la sedimentación a largo plazo de su influencia en el mediterráneo oriental.

En octubre de 2019, el gobierno turco anunció un tercer operativo: la Operación Fuente de Paz (Peace Spring), la cual extendía su ocupación hacia un corredor en la región noreste bajo la justificación de eliminar operativos terroristas y así crear un *espacio seguro* en el que fuera posible reubicar algunos de los 3.6 millones de refugiados sirios (UNHCR, 2019) que, hacia julio de 2019, vivían en Turquía. En la práctica, esto implica el uso de una discursividad humanitaria y antiterrorista utilizada para justificar el despliegue militar en contra de los kurdos y reubicar a poblaciones árabes en territorios históricamente poblados por ellos, lo cual militariza los cuerpos de las personas en situación de refugio y ha sido denunciado como una práctica de limpieza étnica desde diversos posicionamientos. La Operación Fuente de Paz, sin embargo, también es indicativa de los límites de la intervención, debido a la falta de alianzas internacionales que legitimen o apoyen los operativos turcos en el norte de Siria. Las alianzas europeas de Turquía en el marco de la OTAN se han visto mermadas por la cuestión siria, lo cual ha conllevado a una ampliación del espectro de la guerra a través de la militarización del discurso y de los flujos de refugiados contenidos por Turquía. Jennequin, por ejemplo, retoma la noción de *Coercive Engineered Migration* (CEM) para analizar la manera como el gobierno turco ha instrumentalizado militarmente (*weaponized*) el flujo de refugiados sirios que busca avanzar hacia Europa, con el objetivo de obtener beneficios por medio de la negociación con la Unión Europea (UE) (Jennequin, 2020, p. 2). Esta *instrumentalización de la crisis de refugiados* es interpretada por el autor como una táctica de guerra que utiliza Turquía como un Estado débil frente a la UE, y obedece a la apropiación de los discursos de la derecha europea que presenta al flujo de refugiados como un azote existencial para Europa (O’Hanlon, 2019).¹⁰

¹⁰ Un precedente importante en este rubro es el acuerdo de 2015-2016 entre Turquía y la UE, tras el cual Turquía se comprometió a funcionar como un espacio *contenedor* de refugiados a cambio de beneficios económicos y políticos importantes.

Si bien los miembros europeos de la OTAN han denunciado de manera muy clara los operativos turcos, la presencia estadounidense bajo la administración de Trump es más difícil de leer, ya que se ha comportado de manera ambigua y visiblemente contradictoria. Tras recibir la advertencia del operativo de 2019, la administración de Trump pareció dar rienda suelta al despliegue turco y anunció su retirada del norte de Siria para evitar un enfrentamiento con tropas turcas (New York Times, 2020). Posteriormente, matizó su posición, enfatizó la necesidad de “preservar el petróleo” sirio y mantuvo operativos difusos en las regiones petroleras del noreste y el este, así como su activo estratégico en la base militar de al-Tanf (O’Hanlon, 2019), la cual concentra el grueso de las tropas estadounidenses. En fechas recientes, Estados Unidos parece haber transitado a un sistema que presta más énfasis a formas de guerra económica, a través de la imposición de un conjunto de sanciones conocidas como *César*, las cuales han profundizado la situación de crisis e inseguridad alimentaria que afectan directamente a las poblaciones sirias.

Reflexiones Finales

¿Cómo esquematizar un proceso de guerra tan largo y complejo, en el que se ha desatado un espectro tan amplio de formas de violencia, y cuyas características rebasan cualquier definición tradicional de una guerra civil? Dado el peso de las intervenciones estadounidenses, iraní, rusa y turca, ¿es correcto seguir refiriéndonos al conflicto sirio como una guerra civil o es necesario replantear esta noción y repensar su profundidad e implicaciones dentro de una escala sistémica? La respuesta a estas cuestiones tiene que partir de un cuestionamiento profundo de la territorialidad y la vivencia en Siria, así como su misma condición y existencia como Estado nacional. Pese a la complejidad del conflicto y la multiplicidad densa e indescifrable de fuerzas dentro de las facciones dentro del sistema de guerra, consideramos que es posible agrupar a los actores de la guerra según las

características generales del ordenamiento territorial que proponen, prestando énfasis en la relación que guardarían respecto a su articulación con otros espacios en como parte de un sistema de producción global. Partiendo del análisis que ha hecho Ana Esther Ceceña en torno al despliegue de la hegemonía estadounidense y las resistencias en contra de ella, proponemos una categorización en 3 grupos.

En primer lugar, están aquellos grupos y milicias que, a pesar de actuar según intereses, percepciones y necesidades locales, acuerpan los intereses del bloque hegemónico liderado por Estados Unidos. Este bloque engloba a aquellos que, a pesar de luchar en contra del régimen de Assad, no niegan la estatalidad en el territorio sirio y a su condición como un espacio estratégico dentro de un sistema de reproducción liderado desde Occidente. Esta propuesta territorial es observable sobre todo en los consejos que operan en el exilio como la CNS con apoyo turco, qatari y estadounidense, así como en los consejos civiles apoyados directamente por el ejército estadounidense en las regiones petroleras y una parte importante de las milicias englobadas bajo el ELS. La confrontación Estados Unidos-Turquía complica la posibilidad de identificar un bloque pro occidental monolítico utilizando referentes como la OTAN, ya que las situaciones y rivalidades locales dentro de la guerra dan cuenta de disensos importantes dentro de las fuerzas que normalmente acuerpan los intereses del sujeto hegemónico.

En segundo lugar, están aquellos actores *contrahegemónicos* que luchan en contra de la hegemonía estadounidense, pero lo hacen a través del apoyo a la permanencia del *status quo* y no niegan la colocación de Siria como parte de un sistema hegemónico alternativo. Lógicamente, el principal representante de este bloque contrahegemónico es el propio régimen de Assad, quien ha aceptado la subordinación del territorio sirio frente a Rusia e Irán para asegurar su supervivencia política y restaurar las formas de gobernanza históricamente reproducidas en la estatalidad siria. Es decir, mientras que existen similitudes entre los proyectos geopolíticos hegemónicos pro Estados Unidos y contrahegemónicos por su preferencia

a la permanencia del Estado nacional como forma dominante de administración territorial, difieren en la forma como este Estado se vincularía con el exterior y a las élites que esto beneficiaría. Es decir, a pesar de que el apoyo al Estado sirio previsto por el frente Rusia-Irán-Hezbollah parte de una crítica a la hegemonía estadounidense y la necesidad de conformar un frente alternativo, se sostiene del “mismo marco general de relaciones” (Ceceña, 2013, p. 75) que la hegemonía estadounidense misma. Es en este sentido, que autores como Garduño han propuesto la noción de *choque de capitalismo* para explicar la relación que tiene la situación de guerra en Siria con las dinámicas de “acumulación de capital, de territorio y de recursos” propias del sistema (Garduño, 2015).

El tercer bloque está conformado por aquellas fuerzas que rechazan abiertamente la manera como Siria se ha configurado como un territorio dependiente de antagonismos geopolíticos externos, lo cual ha resultado en una reivindicación de la vivencia material y simbólica acuerdo a parámetros estrictamente locales. Este conjunto de territorialidades alternativas o heterodoxas engloban un crisol ideológico sumamente diverso, ya que en esta categoría es posible colocar territorialidades como el sistema de autogobierno en Rojava bajo el mismo paraguas que el islamismo nacionalista impulsado por grupos como el Frente al-Nusra / HTS. En términos generales, sin embargo, comparten un rechazo a la reproducción de un sistema liderado desde otros espacios, y luchan por formas de vida alternativas cuyos orígenes están claramente enraizados en lo local y la vivencia simbólica dentro de sus territorios.

Ana Esther Ceceña escribe: “Las tres maneras, la disputa intrahegemónica, la confrontación y la bifurcación sistémica, suceden todas en este mismo planeta, simultáneamente” (Ceceña, 2013, p.75). Uno de los componentes de la complejidad del caso de Siria recae en el hecho que es posible identificar estas tres disyuntivas dentro de una misma situación de guerra. A la disputa intrahegemónica la encontramos en el rol ambiguo que juega Estados Unidos y la confrontación con uno de sus aliados de la OTAN, Turquía, respecto al

manejo de las poblaciones kurdas. A la confrontación hegemónica la encontramos en el eje Siria-Rusia-Irán y sus esfuerzos por generar un bloque alternativo, capaz de disputar la hegemonía estadounidense, aunque las relaciones propuestas se enmarcan en el mismo encuadre de dominación propio de cualquier sistema hegemónico. En el marco de esta confrontación entre grandes potencias, las poblaciones afectadas no han permanecido pasivas, y se han abierto espacios de negociación territorial que han dado lugar a indicios de una deriva sistémica, la cual encarnan los grupos que luchan contra la destrucción sistemática de sus territorios al promover formas de vida contrarias a los proyectos impuestos desde afuera.

Bibliografía

‘Ayek, Maurice (2020). ادي س ل ل ناچ ذوم نو نات م ل و ع. *al-Jumhuriyyah*. <https://tinyurl.com/yct4jn54>

Abboud, Samer (2020). The Reordering of the Syrian Political Economy. *Salon Syria*. <https://salonsyria.com/the-reordering-of-the-syrian-political-economy/#.YIrn5bXTu00>

Al Nofal, Walid (2019). With new tactics and targets, ISIS demonstrates resilience in Syria (interactive map). *Syria Direct*. <https://syriadirect.org/news/with-new-tactics-and-targets-isis-demonstrates-resilience-in-syria-interactive-map/>

Anderson, Tim (2016). The Dirty War on Syria: Washington, Regime Change and Resistance. *Global Research*.

Baczko, Adam, Dorronsoro, Gilles, y Quesnay, Arthur (2016a). *The Building of Military Capital*. In *Civil War in Syria*. <https://doi.org/10.1017/9781108355322.006>

Baczko, Adam, Dorronsoro, Gilles, y Quesnay, Arthur (2016b). *The Kurds and the PKK*. In *Civil War in Syria*. <https://doi.org/10.1017/9781108355322.010>

Beccaro, Andrea (2018). Modern Irregular Warfare: The ISIS Case Study. *Small Wars and Insurgencies*, 29(2), 207–228. <https://doi.org/10.1080/09592318.2018.1433469>

Cataia, Márcio (noviembre de 2008). Territorialidade Estatal e outras Territorialidades: Novas Formas de Uso Dos Territórios Na América Latina. Conflitos, Desafios e Alternativas. *Scripta*, 12(270), 1–13.

Ceceña, Ana Esther (2018). Hegemonía, poder y territorialidad. En Herrera, David, González Fabián, Saracho, Federico (coords.), *Espacios de la Dominación. Debates sobre la espacialización de las relaciones de poder*. Ciudad de México: Editorial Monosílabo.

Celso, Anthony N. (2018). Superpower Hybrid Warfare in Syria. *MCU Journal*, 9(2), 92–116. <https://doi.org/10.21140/mcu.2018090206>

Cockborn, Patrick (2017). Raqqa Liberated: ISIS defeat latest mine clearance SDF camp. *The Independent*. <https://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/raffa-liberated-isis-defeat-latest-mine-clearance-sdf-camp-residents-medicine-aid-a8005881.html>

Deutsche Welle (2020). Russia to extend Tartus and Hmeimim military bases in Syria. <https://www.dw.com/en/russia-to-extend-tartus-and-hmeimim-military-bases-in-syria/a-41938949>

Dostal, Jorg Michael (2014). Analyzing the domestic and international conflict in Syria: Are there lessons from political science? *Syria Studies*, 6(1), 1–80. <https://doi.org/10.5281/zenodo.1297945>

Economist (1 de agosto de 2020) Turkey is wielding influence all over the Arab world. *The Economist*. <https://www.economist.com/middle-east-and-africa/2020/08/01/turkey-is-wielding-influence-all-over-the-arab-world>

García, Rolando (2010). Interdisciplinarietà y sistemas complejos. *Revista Latinoamericana de Metodología de Las Ciencias Sociales*, 1(1), 66–101.

Gleick, Peter H. (2014). Water, drought, climate change, and conflict in Syria. *Weather, Climate, and Society*, 6(3), 331–340. <https://doi.org/10.1175/WCAS-D-13-00059.1>

Hanne, Olivier (2018). La Syrie: construction et ruine d'un territoire national. *Les Cahiers de l'Orient*, 131(3), 13. <https://doi.org/10.3917/lcdlo.131.0013>

Holliday, Joseph (marzo de 2013). The Assad Regime: From Counter Insurgency to Civil War. *Middle East Security Report*, (11).

Jenkins, Brian Michael (2014). The Dynamics of Syria's Civil War. *Rand Corporation*, (24). <http://www.rand.org/pubs/perspectives/PE115.html>

Jennequin, Arthur (2020). *Turkey and the Weaponization of Syrian Refugees*. Bruselas: Brussels International Center.

Jörum, Emma Lundgren (2014). *Beyond Syria's Borders: A History of Territorial Disputes in the Middle East*. Londres, Nueva York: I.B. Tauris.

Kalyvas, Stathis N. (2015). Is ISIS a Revolutionary Group and if Yes, What Are the Implications? *Perspectives on Terrorism*, 9(4), 42–47. <http://www.terrorismanalysts.com/pt/index.php/pot/article/view/442/873>

Kavlick, Adam et al. (2015). *Prospects for a U.S.-Russian Partnership in Syria*. Joint Forces Staff College.

Kerr, Michael, y Larkin, Craig (2015). *The Alawis of Syria: War, Faith and Politics in the Levant*. Nueva York: Oxford University Press.

Lister, Charles (2016). The Free Syrian Army: A decentralized insurgent Brand. *The Brookings Project on U.S. Relations with the Islamic World*, (26), 40. https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/11/iwr_20161123_free_syrian_army.pdf.

Middle East Eye (2017), Turkey ends military “Euphrates Shield” operation in Syria: PM Yildirim. <https://www.middleeasteye.net/fr/news/turkey-ends-military-euphrates-shield-operation-syria-pm-yildirim-1238089172>

New York Times (13 de octubre de 2019). Trump Orders Withdrawal of U.S. Troops From Northern Syria. <https://www.nytimes.com./2019/10/13/us/politics/mark-esper-syria-kurds-turkey.html>

O'Hanlon, M. E. (2019). How to salvage Syria and protect US tropas. *Brookings*, 1–5.

Ølgaard, Daniel Møller (2020). Embodying War, Becoming Warriors: Media, Militarisation and the Case of Islamic State's Online Propaganda.

Making War on Bodies: Militarisation, Aesthetics and Embodiment in International Politics. Edimburgo: Edinburgh University Press.

Osman, Tamer (2018). Syrians in opposition-held areas near Aleppo obtain new IDs, *al-Monitor*. <https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2018/07/local-council-issuing-identification-cards-syrians-euphrates.html>

Østensen, Åse Gilje, y Bukkvoll, Tor (2018). *Russian Use of Private Military and Security Companies - the implications for European and Norwegian Security*. [https://open.cmi.no/cmi-xmlui/bitstream/handle/11250/2564170/Russian Use of Private Military and Security Companies - the implications for European and Norwegian Security?sequence=1&isAllowed=y](https://open.cmi.no/cmi-xmlui/bitstream/handle/11250/2564170/Russian%20Use%20of%20Private%20Military%20and%20Security%20Companies%20-%20the%20implications%20for%20European%20and%20Norwegian%20Security?sequence=1&isAllowed=y)

Parsons, Christi y Hennigan, WJ. (13 de enero de 2017). President Obama, who hoped to sow peace, instead led the nation in war. *Los Angeles Times*. <https://www.latimes.com/projects/la-na-pol-obama-at-war/>

Renz, Bettina (2016). Russia and 'hybrid warfare'. *Contemporary Politics*, 22(3), 283–300. <https://doi.org/10.1080/13569775.2016.1201316>

Richani, Nazih (2018). Economía política e interdependencia compleja en el sistema de guerra en Siria. *Forum. Revista del Departamento de Ciencia Política*, 18(13), 153–182. <https://doi.org/10.15446/frdcp.n13.71017>

Sly, Liz (7 de junio de 2019). Mystery crop fires scorch thousands of acres in Syria and Iraq—and ISIS claims responsibility. *Washington Post*. https://www.washingtonpost.com/world/mystery-crop-fires-scorch-thousands-of-acres-in-syria-and-iraq--and-isis-claims-responsibility/2019/06/07/8507eb00-87a1-11e9-9d73-e2ba6bbf1b9b_story.html

Sukhankin, S. (2019). Russian PMCs in the Syrian Civil War: From Slavonic Corps to Wagner Group and Beyond, 1–24.

Tilly, Charles (1985). *War Making and State Making as Organized Crime. Bringing the State Back In*. Cambridge: Cambridge University Press..

UNHCR Turkey (2019). Reliefweb <https://reliefweb.int/report/turkey/unhcr-turkey-fact-sheet-july-2019>

Yüksel, Engin (2019). *Strategies of Turkish proxy warfare in northern Syria*. La Haya: Netherlands Institute of International Relations 'Clingendael'.